

CINCO DÍAS EN ATENAS. LA ESTANCIA DE LOS EXPEDICIONARIOS DE LA FRAGATA BLINDADA *ARAPILES* EN GRECIA EN JULIO DE 1871

*Para la prof.^a Gloria Mora
con mi gratitud
por su amistad**

RESUMEN: Este trabajo se centra en la estancia en Atenas, en julio de 1871, de los expedicionarios españoles de la fragata *Arapiles*, a través de la cual podemos acercarnos al clima cultural de su tiempo, a su visión sobre la Grecia contemporánea y a la metodología y conceptos que en aquel tiempo se empleaban en los estudios griegos, así como a la situación de Atenas en este año y al estado de los monumentos antiguos que podían entonces visitarse.

PALABRAS CLAVE: Grecia antigua y moderna; viajeros.

ABSTRACT: This paper describes the stage of the Spanish travellers of the frigate *Arapiles* in Athens on July 1871, through it, we can approach the cultural atmosphere of the time, their vision of the contemporary Greece and the methodology and concepts that were used in that moment in Greek studies as well as the situation of Athens in that year and the state of the ancient monuments that could be visited at the time.

KEY WORDS: Ancient and modern Greece; travellers.

Fue aquel año de 1871, en el contexto de la historia española, un tiempo de zozobra y esperanza, que habría de derivar en inestabilidad y enfrenta-

* La Dra. Gloria Mora Rodríguez es profesora del Departamento de Historia Antigua de la Universidad Autónoma de Madrid y especialista en historiografía de la Antigüedad. Este trabajo se realiza en el marco del proyecto de investigación HUM2005-0623 del Ministerio de Educación y Ciencia.

mientos y en la calma posterior de la Restauración. Tres años atrás, la unión de varios grupos políticos, unionistas, progresistas y demócratas, triunfantes en la revolución de 1868, la última protagonizada por la burguesía, había derrocado a Isabel II, situado en el trono, en 1870, a Amadeo I de Saboya e instaurado nuevo regimen, que llamamos demoliberal, y que suponía una ampliación de los derechos individuales, una reducción de los poderes de la Corona y el debilitamiento o incluso la destrucción completa del centralismo político y administrativo¹. En medio de esta época convulsa, en el verano de 1871, el gobierno español, presidido entonces por Ruiz Zorrilla², resolvió enviar a los mares del Mediterráneo oriental a la fragata blindada *Arapiles*³.

Los motivos de la expedición, que se hacen públicos por R.O. de 10 de junio de 1871, se refieren al deseo de mostrar la enseña nacional en el Oriente, después de más de un siglo de ausencia, aumentando así el prestigio de España en la zona⁴. En un orden más practico, el viaje debía servir además a las necesidades de la Armada, procurando la instrucción de la marinería⁵. A los motivos políticos y diplomáticos y de adiestramiento militar, se le une también una intención comercial, cual es el propósito de implantar, por parte de una burguesía preocupada por el progreso económico del país, una relación comercial continuada con el Oriente, a través de la firma de tratados bilaterales.

A juzgar por la rapidez con que se desarrollan los acontecimientos esos días de junio, la idea de embarcar también en la *Arapiles* una Comisión ar-

¹ Sobre este período, el llamado Sexenio democrático o revolucionario y el reinado de Amadeo I, puede consultarse: GARCÍA NIETO (1987); BOLAÑOS MEJÍAS (1999); OLLERO VALLÉS (2000) y SERRANO GARCÍA (2002). Amadeo I abdicó en febrero de 1873, víctima de la división interna de los grupos que le apoyaban, el vehemente antagonismo de la aristocracia y el clero, la oposición de los republicanos, la sublevación carlista y los problemas coloniales en Cuba, cf: OLLERO VALLÉS (2000): 294ss.

² Manuel Ruiz Zorrilla (1833-1895) era el líder de los radicales y protagonizó, durante el reinado de Amadeo I, un duro enfrentamiento con Práxedes Mateo Sagasta, el jefe de los moderados. Acerca de los políticos del período puede verse FUENTE MONGE (2000) y OLLERO VALLÉS (2006).

³ Cf. CHINCHILLA GÓMEZ (1993): 286-299.

⁴ En 1784 el gobierno español había mandado por última vez una escuadra a Constantinopla, al mando de D. Gabriel de Aristizábal, compuesta por tres buques, el *Triunfante*, con ochenta piezas de artillera, el *San Pascual*, de setenta cañones, y el bergatín *Infante*, de dieciocho cañones, a los que se unió, una vez iniciada la misión, la fragata *Santa Clotilde*, provista de veintiséis bocas de fuego: cf. GONZÁLEZ CASTRILLO (2005): 707-726.

⁵ Carta del Vicepresidente del Almirantazgo español al comandante de la fragata, D. Ignacio García de Tudela, de fecha 10 de junio de 1871, Archivo Naval Álvaro Bazán (A.N.A.B.), leg. 1176/59; cf. Rada, I, 5-6.

queológica, con el fin de dotar al entonces recién fundado Museo Arqueológico Nacional (1868)⁶ de piezas procedentes de dicha zona, debía llevar un tiempo gestándose. Quizá el primer impulso partiera del propio Museo, de D. Juan de Dios de la Rada y Delgado, entonces Jefe de Tercer Grado, agregado a las Secciones de Numismática y de Edad Media y Moderna del Museo⁷, y que habría de participar en la expedición, y de D. Ventura Ruiz Aguilera, Director del M.A.N. entre los años 1868 y 1871. La idea debió ser bien acogida por D. Juan Valera⁸, entonces en la Dirección de Instrucción Pública, de quien dependía el M.A.N. Por último, D. Práxedes Mateo Sagasta⁹, ministro de Fomento, al que estaba subordinado la Dirección de Instrucción Pública, y hombre fuerte del ejecutivo, dio los pasos definitivos. Al tal efecto escribió a D. Juan de Beranger, el ministro de Marina, el día 13 de junio, tres días después de la publicación de la R.O.¹⁰, con el fin de “que sea beneficiosa para la ciencia arqueológica el viaje por los mares de Grecia y Turquía debiendo estudiar los notables monumentos que ambos pueblos encierran con obligación de presentar memoria de los estudios que se hayan ejecutado” (Archivo del M.A.N., Exp. 1871/58). Ese mismo día D. Juan Valera notificó al Director del M.A.N. la organización de la expedición y se nombró, además, la Comisión arqueológica que habría de estar compuesta por tres miembros¹¹: D. Juan de Dios de la Rada y Delgado, Presidente de la Comisión, D. Jorge

⁶ El M.A.N. había sido creado por R.D. de 1867 *uid.* MARCOS POUS (1993): 21ss.

⁷ De la Rada había nacido en 1827, en 1867 era oficial del Cuerpo de Bibliotecarios, Archiveros y Anticuarios y, desde 1869, jefe de tercer grado (el tercero en el escalafón) del M.A.N. Antes de 1871 había participado en varias comisiones que recorrieron España en busca de objetos arqueológicos, de las que conocemos al menos dos, una en las provincias norteñas, en 1869, y otra en el Sur peninsular, en el año siguiente. En 1873 es ya jefe de segundo grado. En 1881 compatibiliza su dedicación en el M.A.N. con la Escuela de Diplomacia de la que es profesor. En 1883 es catedrático de dicha Escuela, de la que será también director. En 1892 es inspector segundo del Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Anticuarios y, entre 1891 y 1900, director del M.A.N. Fue académico de la Historia y director de la revista *Museo Español de Antigüedades*. Jubilado en 1900, falleció en 1901, siendo director del Museo de Reproducciones Artísticas (A.M.A.N. exp. 1871/58 y expediente personal de D. Juan de Dios de la Rada).

⁸ Era un famoso literato, autor, entre otras obras, de *Pepita Jiménez*, cf. JIMÉNEZ FRAUD (1973) y RUIZ-BRAVO VILLASANTE (1989).

⁹ Sobre Sagasta (1825-1903), que llegaría por primera vez a la presidencia del Gobierno en diciembre de 1871, puede verse: DARDÉ (ED.) (2000) y OLLERO VALLÉS (2006).

¹⁰ En la organización y futuro desarrollo de la expedición participaron también D. Rafael Rodríguez de Arias, secretario del Almirantazgo, D. Francisco Javier de Salas, oficial de la misma Secretaría, y D. Felipe Picatoste y Rodríguez del Ministerio de Fomento (ESTRADA [1923]: 454).

¹¹ Ese mismo día se notifica también mediante telegrama al comandante de la fragata los miembros que formarán parte de la Comisión arqueológica (A.N.A.B. leg. 1176/59).

Zammit y Romero, Secretario de embajada, en calidad de intérprete por la gran cantidad de lenguas que dominaba¹², y D. Ricardo Velázquez y Bosco, académico de la Real de San Fernando, como dibujante y fotógrafo¹³. Días después, el 1 de julio, el Ministro de Marina escribe a su colega del Ministerio de Estado, D. Cristino Ramos, informándole de los objetivos de la expedición: “el estudio en beneficio de la arqueología, de la historia y tal vez de las relaciones comerciales” (A.N.A.B. Leg. 1176/59).

En suma, además del objetivo arqueológico, o más bien anticuarista, en la expedición confluyeron otra serie de finalidades, diplomáticas, militares y vagamente comerciales, todo lo cual debe ser siempre tenido en cuenta al objeto de valorar los resultados del viaje¹⁴. A todo ello hay que sumar las penurias económicas por las que atraviesan la fragata¹⁵ y, sobre todo, los miembros de la Comisión¹⁶.

¹² Murió al año siguiente, el 3 de agosto de 1872, siendo secretario de la Embajada española en Constantinopla, víctima, posiblemente, del cólera (ESTRADA [1923]: 451).

¹³ Falleció en 1923 ocupando el cargo de arquitecto y académico de la Real Academia de S. Fernando (ESTRADA [1923]: 451).

¹⁴ Los objetivos de la expedición vienen también expuestos en Rada, I, 5-6; GARCÍA DE TUDELA (1873): 1; MORENO DE LA TEJERA (s.a.): 66, y ESTRADA (1923): 460ss.

¹⁵ Para los gastos de la fragata, el Ministerio de Marina había librado 85.000 pesetas y encargado al comandante que empleara, siempre que fuera posible, exclusivamente el aparejo (carta del vicepresidente del Almirantazgo al comandante de la fragata de fecha 10 de junio de 1871). En Nápoles se le libra nuevo crédito que resulta del todo insuficiente, de manera que, desde el Pireo, el 21 de julio de 1871, el comandante de la fragata escribe al ministro de Marina: «hoy sólo me quedan veinte y ocho días de víveres que la cantidad existente en caja apenas bastará para la mensualidad corriente y que, aunque conservo en carboneras quinientas veinte toneladas métricas de carbón, es de todo punto imposible que con ellas pueda, ni aun utilizando la vela hasta el último extremo, recorrer la gran distancia que falta por andar [...] Si en Constantinopla no encuentro los recursos que me son de tanta necesidad y no recibo alguna comunicación de V.E. diciéndome en qué parte los encontraré, no tendré otro camino que seguir, Excmo Sr., que el de renunciar con el mayor sentimiento a continuar viaje». Nuevos créditos girados en Constantinopla y en Malta permitirán a la fragata regresar a Cartagena (A.N.A.B. leg. 1176/59).

¹⁶ Para los gastos de la Comisión se libró la suma de 2.500 pesetas, extraídas del fondo de 50.000 que tenía el Ministerio de Fomento para obras y adquisición de objetos del M.A.N., por ley de 25 de junio (carta de Juan Valera 13/VI/1871). Con estos fondos, que no cubrían siquiera las dietas de los miembros de la Comisión en los 86 días que duró el viaje (quince pesetas diarias para Rada y Zammit, diez pesetas para Velázquez), debían atender todos los demás gastos que se ocasionaran, compras de objetos incluidas. Pronto se quedaron sin dinero y, en Constantinopla, los miembros de la Comisión remiten sendos telegramas a D. Sergio Salvez, habilitador del Museo (4/VIII/1871), y al director del mismo (5/VIII). El enviado al director es llamativamente dramático: «fondos cero ayúdenos Ministro con su legítima influencia». Sus peticiones de fondos nunca fueron contempladas. El propio comandante de la fragata califica

Para el conocimiento de la expedición contamos con una extensa memoria publicada en Barcelona, en tres volúmenes, entre los años 1876 y 1882, por Juan de Dios de la Rada y Delgado; el extracto del diario de navegación, dado a conocer en 1873 por el Comandante de la fragata, Ignacio García de Tudela¹⁷; un libro, sin fecha de edición, escrito por Vicente Moreno de la Tejera, segundo médico de la *Arapiles*, y un artículo de R. Estrada Catoira, en 1871 guardia marina de la fragata, que vio la luz en 1923¹⁸.

Los miembros de la Comisión arqueológica partieron de Madrid, camino de Nápoles, donde se hallaba fondeada la fragata¹⁹, el día 27 de junio, en un tren correo para Bayona y Marsella. En esta última ciudad embarcaron para Nápoles, donde arribaron el día 6 de julio.

La Armada puso a disposición de la expedición un moderno buque de guerra, la fragata blindada *Arapiles*. Por R.O. de 10 de abril de 1861, el gobierno español determinó la construcción de una fragata de 51 cañones, obra que se adjudicó, mediante contrato firmado el 15 de abril de 1861, a los armadores Green de Londres. Concebida primeramente como buque de madera, en 1862 se acuerda su transformación en navío blindado (Junta directiva del Ministerio de Marina de 13 de abril de 1862). Después de varios retrasos en el

los fondos de que disponían los miembros de la comisión de “insignificantes sueldos” (1873: 56) y, a lo largo del viaje, les prestó de la caja del barco 3.000 francos, unas dos mil pesetas de la época.

¹⁷ D. Ignacio García de Tudela era un marino de una pieza. Nacido el 17 de julio de 1827 en Cartagena, sin cumplir siquiera los trece años, el 2 de junio de 1840, entró en la Marina. El 25 de noviembre de 1868 fue nombrado capitán de navío, rango con el que desempeña el viaje a Oriente. Destinado a La Habana, el 27 de enero de 1872 cesa en el mando de la *Arapiles* por problemas de salud y se traslada a la Península. Llega a Cádiz el 17 de febrero y se presenta en Madrid el día 27, donde pide una licencia de cuatro meses por enfermedad. Ya repuesto, el 8 de julio de 1872 fue nombrado comandante de la estación naval del Golfo de Guinea y gobernador de Fernando Poo, donde arriba el 5 de noviembre. Sucesivos ascensos le llevan hasta el grado de vicealmirante, el 10 de julio de 1895. Fallece el 12 de marzo de 1896, tras prestar 50 años de servicio en la Armada española.

¹⁸ Cf. bibliografía al final de este trabajo.

¹⁹ La fragata procedía de Argel, adonde se había desplazado desde Barcelona, en mayo del 1870, para proteger a los residentes y los intereses españoles tras los tumultos que se habían producido en esta colonia, alentados por la derrota francesa ante Prusia. En este sentido, el Ministerio de Estado escribe el 13 de abril al de Marina para que ponga en estado de alerta a la flota del Mediterráneo y, mediante una carta del subsecretario de Estado al ministro de Marina (26 de abril de 1871), le solicita el envío de un buque de guerra a Argel. El secretario del Almirantazgo expide la orden para desplazar la *Arapiles* a Argel el 1 de mayo de 1871. Una vez calmada la situación argelina, la fragata recibe órdenes de trasladarse a Nápoles (el 23 de mayo se cursa el mandato, que llega a la fragata el día 27), para participar en una exposición marítima internacional, donde atracó el día 31 de mayo (A.N.A.B. leg. 1176/59).

suministro de las planchas de blindaje, algunos problemas con los armadores, dificultades en los pagos y la propia detención del gobierno inglés por el enfrentamiento de España con Chile y El Perú, la fragata es entregada a España a finales de 1868, siete años después de que se ordenara su construcción, con un coste total de 6.601.672 pesetas, y es bautizada con el nombre de fragata blindada *Arapiles*, rememorando así una de las principales victorias de la Guerra de la Independencia. Surta en El Ferrol, la *Arapiles* se incorpora el 20 de marzo de 1870 a la escuadra del Mediterráneo con base en Cartagena²⁰.

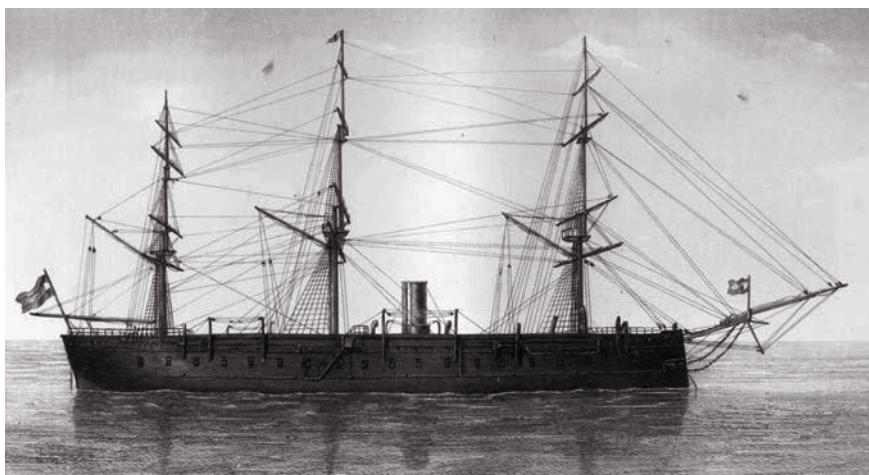


FIG.1. La fragata blindada *La Arapiles* (Rada, *Viaje a Oriente*)

La *Arapiles* contaba con 85,17 metros de eslora y una manga de 16,48 metros. El puntal alcanzaba 7,84 metros, poseía un calado medio de 7,25 metros, 7,70 en la popa y 7,20 en la proa (Rada, I, 66), y desplazaba 5.468 Tn. Acomodaba seis calderas tubulares que impulsaban dos hélices. Sus cinco carboneras poseían capacidad suficiente para almacenar 631 Tn métricas de carbón, lo que representaba el consumo de siete días a toda máquina con una velocidad máxima de 12 nudos²¹. La fragata montaba diecisiete caño-

²⁰ La fragata entró en el puerto del Ferrol el día de Navidad de 1868. El 29 de marzo de 1871 parte de Cartagena para Barcelona y de allí sale el 3 de mayo rumbo a Argel, donde atraca el día 4.

²¹ Cada hora de navegación consumía más de 3.500 kg de carbón, cada día más de 84.000 kg. Los motores daban una potencia máxima de 800 CV nominales (MORENO [s.a.]: 23).

nes²² y estaba dotada de un blindaje de 120 mm. desde la cubierta hasta 1,20 metros por debajo de la línea de flotación. La arboladura, pues el barco navegaba a vapor y a vela, contaba con cuatro palos, la mayor alcanzaba una altura de 16,427 metros y el bauprés 8,53. Además disponía de tres canoas y diez botes, podía albergar 537 tripulantes y estibar veinte mil raciones ordinarias y 61.420 litros de agua, lo que suponía treinta días de aguada a razón de cuatro litros por hombre y día²³.

La tripulación del buque que participó en la expedición sumaba 498 hombres entre los que cabe anotar veintiséis oficiales, incluyendo dos médicos, los guardia marinas y el capellán, D. Ceferino García López. A ellos hay que añadir los tres miembros de la Comisión arqueológica y la propia mujer del comandante con un total de 502 los embarcados en la *Arapiles* (Estrada, 1923, 450).

La fragata partió de Nápoles al amanecer del 7 de julio de 1871 y regresó a Cartagena la noche del 22 al 23 de septiembre de 1871. En principio, el Almirantazgo español había previsto una ruta que incluía Palermo, el Pireo, Los Dardanelos, Besika, Gallipolí, Constantinopla, Mundaya o Mundania, Rodas, Quíos, Samos, y “si se juzga conveniente” Chipre, Beirut, Jaffa, Alejandría, Túnez, Argel y Cartagena. Por diversos motivos, sanitarios, políticos o económicos, la derrota final alcanzó Nápoles, Mesina, Siracusa, el Pireo y Atenas, Besika, Constantinopla, Esmirna, Quíos, Samos, Rodas, Lárnaca, Beirut, Jaffa, Port Said, Alejandría, La Valetta y Cartagena.

Mención especial merecen las enfermedades que entonces se propagaban por Europa y a las que se refieren los expedicionarios. Desde Nápoles se evita ir a Palermo por temor a la epidemia de viruela; en Mesina, el Comandante de la fragata escribe al Ministerio de Marina (Carta de 9 de julio de 1871), informándole de su preocupación por la epidemia de viruela que se ha extendido por Malta, Nápoles, el Mediterráneo y las costas de Grecia.

²² Dos Armstrong de 250 mm.; catorce de 200 mm., sistema Rivera, fabricados en Trubia; cuatro Armstrong y diez núm. 2, dispuestos en batería; y uno, Armstrong, giratorio, montado de colisa, en el castillo de proa.

²³ Tras el viaje a Oriente, la fragata sirvió en el apostadero de La Habana. El día 7 de noviembre de 1878 se solicita la baja, que se firma el 14 de noviembre, procediéndose a su desguace en el astillero gaditano de la Carraca, aunque se conserva el casco. La baja la firmó el entonces jefe de la Sección de Artillería de la Armada que, por una ironía del destino, no era otro que D. Ignacio García de Tudela, que hubo de sufrir sin duda de nostalgia y melancolía recordando su viaje por los mares del Oriente. El desguace del casco y la venta de sus materiales a subasta pública concluye el 29 de enero de 1889, con una ganancia para el Estado, entre maderas, hierros y demás metales, de 157.246,60 pesetas (A.N.A.B. leg. 1176/59; ESTRADA [1923]: 455).

La *Arapiles* cuenta en estos momentos con dos enfermos de tífus “no alarmantes” entre la tripulación²⁴. Además se atraca en Falero y no en el Pireo por el temor al cólera que se suele desatarse en este puerto con los calores caniculares (Rada I, 492) y, al menos desde Alejandría, el Ministerio apremia el regreso del buque, ante el temor a que se contagien del cólera (Estrada, 1923, 459-460).

En definitiva, procedente de Nápoles, de donde había partido la madrugada del día 6 de julio de 1871, la *Arapiles* sale de Mesina con la alborada del 11 de julio, en demanda de las costas del Peloponeso. Tras atravesar el Estrecho de Mesina y doblar el cabo Spartivento, en el extremo más meridional de Calabria, a mediodía la nave gobierna hacia el cabo Matapán, el antiguo Ténaro, en el extremo suroriental de la Morea o el Peloponeso y que era la entrada al Golfo de Laconia. Durante tres días la travesía se realiza lentamente por alta mar, sin avistar costa alguna y únicamente con empleo del aparejo, aprovechando un viento entablado del SO, que, aunque flojo, permite, no obstante, apagar las calderas y soltar el trapo. El Comandante ocupa el tiempo en la instrucción de la marinería con frecuentes ejercicios y simulacros de zafarranchos de combates, que suelen durar entre una y dos horas, de manera que el buque pueda quedar alistado para el combate en cinco minutos²⁵.

A las tres de la tarde del día 14 avistan por la amura de babor, entre la bruma, las costas del Peloponeso, cerca del Cabo Ténaro. Nuestros expedicionarios tienen a la vista la ladera occidental de la cadena del Taigeto por la parte del Golfo de Mesenia. La fragata arrumbó entonces hacia el interior del Golfo de Laconia en demanda del Canal de Cervi, entre la isla de Cervi y Cerigo, esto es, el Estrecho situado entre la pequeña isla llamada hoy en día de *Elaphonissos*, al norte, y Citera, al sur, y a las 23,30 divisan el faro del cabo de *Spathi*, en la punta más septentrional de la isla de Citera. La alba del día 15 les sorprende en medio del Canal en dirección al Cabo de Malea, llamado entonces de San Angelo, que doblan a las ocho de la mañana. Entran ahora en el mar de Mirto, gobernando al NE en dirección a Atenas. La costa laconia se presenta ante sus ojos abrupta y deshabitada. Rebasan por el través de estribor el islote de Belo Rufo (actual *Velopula*) y la isla de *Ayios Yorgos*, en cuya punta septentrional se encuentran a las 23 horas. Aunque no lo men-

²⁴ Carta del Comandante de la fragata al ministro de la Marina de fecha 19 de Julio de 1871 (A.N.A.B. leg. 1176/59).

²⁵ En el estadiillo sobre el estado de la fragata, de fecha 6 de julio de 1871, en Nápoles, el comandante asevera que la dotación se halla medianamente instruida en los ejercicios militares y marineros (A.N.A.B. leg. 1176/59).

cionan por babor va quedando el litoral peloponesio, el Promontorio de Acté y las islas de *Spetses* e Hidra. Pasan la costa de Egina, que señalan como escarpada, evidentemente se hallan frente a la costa oriental de la isla, que es muy accidentada. Surcando las mansas aguas de la bahía de Salamina, la *Arapiles* echa el ancla en *Ayios Nikólaos*, en la bahía de Falero, que se extiende entre la parte oriental del Pireo y la actual *Paleó Fáliro* y que posee quince brazas de fondo, el día 16 de julio de 1871²⁶. Ha sido un apacible viaje, casi todo a vela, en el que se han invertido cinco días y cuatro horas en andar 170 leguas, unos 944 kilómetros; un tiempo bastante largo, pero que puede considerarse previsible, debido a las calmas constantes a las que se vio sometida la fragata durante la travesía²⁷.

Al entrar en la bahía de Salamina, Rada comienza a evocar los recuerdos de la famosa batalla y señala las montañas próximas a Atenas, el Himeto, entonces llamado *Trelo Vouni*, la Gerania en la Megáride, el Parnes, y el Pentélico (Rada, I, 492) y Moreno de la Tejera recuerda también la batalla y la mítica partida de Teseo (*s.d.* 117-119). Nuestros expedicionarios comienzan a sentir la honda emoción que todos hemos vivido al llegar por vez primera a la Hélide: “En estos momentos solemnes de la vida del hombre, parece que se agota el sentimiento, vemos a manera de ensueño lo que en torno pasa, como si perdiéramos la conciencia de nuestro ser y es que el espíritu se encuentra abrumado por la grandeza de un recuerdo” (Moreno, *s.d.* 119), sin olvidar tampoco, prendados de lo que fue la lucha de los griegos por liberarse de los turcos, “la Grecia desdichada, donde aun las huellas se encuentran que dejó a su paso la dominación de los turcos” (Moreno, *s.d.*, 118). Su patriotismo les hace también rememorar, ciertamente de una manera un tanto forzada, otra gran batalla naval de la historia, Lepanto: “por mucho que absorbieran nuestro espíritu tantos recuerdos de la clásica antigüedad, ninguno pudo sobreponerse a otro que nos hizo levantar con noble orgullo la frente al ver izada en nuestra fragata la bandera española, y al recordar que no lejos de aquellas aguas la bandera de España había conseguido el mayor y más glorioso triunfo naval que registra la historia” (Rada I, 493).

En el puerto les recibe Enrique de Gaspar, un poeta valenciano, que era vicecónsul español en Atenas. Del cónsul y de su esposa, los expedicionarios guardarán un afectuoso recuerdo (Rada, I, 494; Moreno, 135)²⁸.

²⁶ RADA: I, 489-492; MORENO (s.a.): 105-117; TUDELA (1873).

²⁷ Carta del comandante de la fragata al Ministerio de la Marina (Falero, 19 de julio de 1871, A.N.A.B. leg. 1176/59).

²⁸ A pesar de la escasa presencia española en el Oriente, resulta verdaderamente notable la red diplomática que ha erigido en la zona el Servicio Exterior de España.

Grecia poseía entonces un ejército de diez mil hombres, pero no había fortificaciones en el Pireo ni en Atenas, ni una marina de cabotaje en un país con tanto mar e islas (Tudela, 1873). El Pireo contaba en 1871 con una población de seis mil habitantes, dispuesta en gran medida en casas dispersas a lo largo de la playa, que los viajeros consideran elegante y moderna. Dentro del espíritu liberal y erudito que marca su relato, constatan el tráfico marítimo, todavía incipiente, que anima al puerto y que les recuerda a la Atenas de Pericles, y proponen la mejora de las instalaciones portuarias, en especial el drenaje del puerto de Falero (Rada, I, 494; Moreno, 120).

Desde Falero, Moreno de la Tejera y otros miembros de la tripulación toman el tren que iba desde el Pireo a Atenas y que acababa de ser abierto en el primavera de 1869. El viaje, que dura apenas cinco minutos, transita entre viñedos. La visita, que Moreno de la Tejera narra brevemente, es un ejemplo de lo que entonces podía verse en Atenas. El recorrido comenzaba obviamente por la Acrópolis, rodeando sus murallas y ascendiendo por la ladera occidental, en el camino observan multitud de fragmentos de esculturas y de cabezas, decapitadas, a decir de los griegos, por los turcos. Pasan los Propíleos, visitan el templo de la Nike, en cuyo interior podían observarse varias estatuas, entre las cuales destacaba la Victoria descalzándose, que entonces se atribuía a Fidias, y se dirigen al Partenón, del que quedaban en pie 46 columnas, en medio de una profusión de restos, dispersos por los suelos, de pilastras, columnas y mármoles en estado fragmentario. Los visitantes gozan aquí de la contemplación del arte griego, cuyo secreto no es otro, a decir de los expedicionarios, que la sencillez de la belleza y una armónica unidad dentro de su variedad (Moreno, 125). Moreno y varios miembros de la tripulación ascendieron al friso del Partenón a través de los restos de un antiguo minarete, que había sido desmochado, y allí, bajo un hermoso cielo azul, sin nubes, con vistas a los montes de Atenas, a la ciudad y al puerto, en el que se distinguía la fragata y su bandera, en la parte del friso que da a la mar, los expedicionarios grabaron una inscripción “tan sencilla como llena de encanto”: FRAGATA ARAPILES 1871 VIVA ESPAÑA (tal cual)²⁹. Visitan luego el Erecteo, del que queda en pie parte del friso y las Cariátides y bajan de la Acrópolis para ver el templo de Teseo, en realidad el de Hefesto, del que podían observarse diez metopas en su fachada oriental y que representaban los trabajos de Heracles y Teseo. Señalan, a sus espaldas, el Areópago y se dirigen a la Pnix, donde ven el muro de contención de la colina y una tribuna, que la tradición ateniense llamaba de Demóstenes. En la

²⁹ MORENO [s.a.]: 128.

ladera de la Pnix visitaron una cueva que esta misma tradición consideraba la prisión de Sócrates y que Moreno de la Tejera acepta. Después se encaminan a visitar los que entonces se consideraban los monumentos romanos, el teatro de Baco (de Dioniso), que se atribuía a Adriano, y que se hallaba sobre el emplazamiento de teatro griego más antiguo, que Moreno confunde con el Odeón de Pericles, y en el que destacaban la gradería circular, una valla de más de un metro de altura, los bajorrelieves, según Moreno, destrozados por los turcos, y las sillas curules con inscripciones en la primera fila. Después visitan el llamado Mercado de Adriano, esto es, la Puerta de Atenea *Archegetis*, la entrada al ágora romana. Finalmente reconocen el templo de Zeus Olímpico del que quedaban en pie dieciséis columnas (Moreno, *s.d.*, 120-133).

El relato de Rada es, obviamente, mucho más extenso. Los miembros de la Comisión, en vez de tomar el ferrocarril, se dirigen por el camino de carruajes que enlaza Atenas y el Pireo. Al salir del Pireo, dejan a la izquierda el Egaleo, atraviesan el río Cefiso por un puente de piedra y, pasando entre olivares, después de dar la vuelta a una colina, se presenta ante sus ojos la ciudad. A Rada el trayecto le recuerda al que une Valencia con el Grao, con el que dice encontrar gran semejanza. Los miembros de la Comisión entran por la calle Hermes (*Ermoú*) y llegan al que entonces era el punto central de Atenas, donde se cortan las calles Eolo (*Aiolou*) y Hermes y se encuentra la iglesia de la *Kapnikarea*, divisan también la cúpula de la nueva iglesia metropolitana, que se había terminado en 1862. La calle Hermes llegaba hasta la vasta plaza del Castillo, donde se levantan los grandes hoteles. Los miembros de la Comisión se alojan en el Hotel d'Angleterre, en la calle Eolo. Había ya anochecido y los viajeros dan un pequeño paseo nocturno para observar una panorámica de Atenas y toman un *lukumi*, al pie del Olímpico, que Rada (I, 496) define como agua de rosa y azúcar y que se disuelve en el agua como nuestros azucarillos.

En definitiva, desde el Pireo, los expedicionarios han seguido el trazado de la actual calle del Pireo (*Pireás*) y de la moderna autopista que comunica hoy el Pireo con Atenas, para abordar el centro de Atenas por el oeste, doblando por las colinas de la Pnix, las Musas y Filopapo que, efectivamente, ocultaban a nuestros viajeros la vista de la ciudad y de la Acrópolis. Justo a la altura del Cerámico giraron por la calle Hermes para ir hacia el este y dirigirse al centro de Atenas, cruzaron la calle *Athinas*, que comienza en la intersección con la calle Hermes y viene luego el cruce con la calle Eolo. Unos metros más abajo, en la misma calle Hermes está la iglesia de Kapnikarea. La plaza del Castillo es actual de *Syntagma*. Probablemente

dejaron el equipaje en el hotel y bajaron a pie por la actual avenida *Amalias* hasta el Olímpico.

La ciudad que encuentran nuestros expedicionarios es muy diferente a la actual de 750.000 habitantes, que alcanza los 3.700.000, si se le unen los 55 municipios con que cuenta hoy en día el área metropolitana. En 1871, Atenas contaba con poco más de 40.000 almas y, desde 1833, se había convertido en la capital de la nación. Este mismo año Stamatios Kleantes y Eduard Schaubert habían diseñado una nueva ciudad con calles rectas y plazas, que pretendía destacar el carácter occidental del nuevo Estado frente a la laberíntica ciudad turca. Para llevar a cabo este plan urbanístico, se expropiarían la mayor parte de las viviendas, que serían demolidas, pero la fuerte oposición popular y la falta de fondos gubernamentales dilataron su ejecución. Leo von Klenze revisó el plan en 1834, que dejaría la ciudad vieja como estaba y construiría otra moderna al norte. En el momento de la visita de la *Arapiles* esa nueva ciudad se estaba extendiendo en dirección noreste y norte, en las calles actuales de *Stadíou*, *Panepistimíou* y *Akadimías*, donde se concentraban buena parte de los edificios oficiales, y nuevas mansiones comenzaban a levantarse en el camino de *Patissia*, en el área de la actual calle *Patissíon*. Hacia el oeste, el ambicioso diseño de Friedrich Gartner del Palacio real fue recortado, especialmente en sus aspectos decorativos, de manera que el edificio, al que se mudaron los reyes Otón y Amalia en 1843, y que se terminó en 1847, tenía la apariencia de un cuartel. En esta zona, la ciudad se estaba expandiendo entonces más allá del estadio panatenaico (cf. Bastéa, 2000).

Vueltos al hotel, la habitación de Rada se orientaba al sur, en dirección a ladera septentrional de la Roca, de modo que “viendo a través de mi ventana, bañada por la luna, las alturas de la Acrópolis, seguí soñando despierto gran parte la noche” (Rada I, 497). En el duerme vela y la vigilia insomne de esa hermosa noche de julio, Rada principia su relato de la historia de Atenas: “Lo que aquellos momentos pasó en mi inteligencia no puedo explicarlo. El mundo real desapareció ante mi vista, y creyéndome transportado a los tiempos remotos de la antigua historia de la ciudad, creí ver levantarse e irse perdiendo de nuevo en la sima de lo pasado, hombres y acontecimientos, como van presentándose y desapareciendo lentamente figuras de un inmenso cosmorama” (Rada I, 497).

Sin embargo, más que una exposición de la historia de Atenas, inmerso plenamente en el Romanticismo, Rada nos va a narrar la epopeya del espíritu ateniense, atribuyendo al pueblo ateniense, desde sus orígenes, unas características particulares y consubstanciales como son “la idea de su propia dig-

nidad, su genio, su actividad, su inteligencia y su natural indisciplinado y altivo” (Rada I, 501). Una vez aceptada la existencia de un pueblo peculiar, el ateniense, diferente a cualquier otro, y definidas sus cualidades originarias, la historia deviene en providencial y épica, como prueba y despliegue de los rasgos apriorísticos, intrínsecos, atemporales de dicho pueblo. Además de la inspiración romántica, el relato de Rada mezcla también ideas extraídas de sus lecturas, básicamente los autores franceses como Burnouf³⁰ y Beulé³¹, su pensamiento liberal y su fe cristiana.

Antes de las Guerras Médicas, Rada divide la historia de Atenas en tres fases distintas, el período de la emigración y la monarquía; la desaparición de la monarquía y el predominio aristocrático; y el siglo VI, principalmente con Solón y Pisístrato. En contra de la tradición ateniense de autoctonía y siguiendo a Bournouf, Rada hace venir a los pelasgos, los más antiguos pobladores, de Asia, entre 1500 y 1300, les da un carácter indoario y les presenta, en su religión y en organización, similares a las castas orientales, basadas en la familia y las relaciones de parentesco. Expone también la historia mítica de Atenas y concede verosimilitud histórica a sus monarcas, especialmente a Teseo; en ningún momento se plantea someter a la tradición ateniense a la crítica y la reflexión positivistas (Rada I, 498-502).

La desaparición de la monarquía y el período subsiguiente encuentran eco en el pensamiento antiaristocrático y antioligárquico de Rada. De este modo, las familias aristocráticas, basadas en el parentesco, se aprovechan “como acontece siempre, de los sentimientos nobles y levantados del pueblo” (Rada, I, 500), para acceder al poder absoluto. Estamos ante los elementos arquetípicos del pensamiento liberal que ve en la aristocracia un clase improductiva e imprevisora, dedicada fundamentalmente a la usura. La aristocracia ateniense es pues, en esencia, similar a todas las aristocracias como, por ejemplo, al senado romano, “prudente y disimulado como todas las oligarquías” (Rada I, 544) y, como todas las aristocracias, termina por destrozarse a sí misma, hundida en conflictos internos. En la época aristocrática vamos

³⁰ Emile Burnouf (1821-1907) fue director de la Escuela francesa en Atenas entre los años 1867 y 1875 y máximo defensor de la conexión entre el pensamiento védico y la cultura griega antigua, que subyace en buena parte de sus obras: *La Bagavad-Gitâ, ou le Chant du Bienheureux, poëme indien*, París 1861; *Histoire de la littérature grecque*, 2 vols., París 1869; *La légende athénienne. Étude de mythologie comparée*, París 1872, y *La Ville d'Athènes aux diverses époques*, París 1877.

³¹ Charles Ernest Beulé (1826-1874) fue profesor de la Escuela francesa en Atenas entre 1851 y 1853 y excavó los Propileos y la Puerta que lleva su nombre, justo a la entrada de la Acrópolis, y que fue levantada ca. 280 d.C. De su obra se pueden destacar *Les Monnaies d'Athènes*, París 1858; *L'Architecture au siècle de Pisistrate*, París 1860 y *L'Acropole d'Athènes*, París 1853.

pasando del arcontado perpetuo al decenal, establecido este último, a decir de Rada y prácticamente en las únicas fechas que recoge, en 752, y, tras ello, al anual en 684. A lo largo del siglo VII, Rada menciona a Cilón y Dracón. Pero, frente a la aristocracia, se alzan “las clases activas y nunca bien apreciadas” como son los agricultores y, claro está, los industriales y mercaderes y el carácter propio del pueblo ateniense hace, además, que éste conserve parte de su libertad y no pueda ser reducido a la condición de los penestas tesalios o de los hilotas lacedemonios (Rada I, 501-502). En realidad, Rada refleja, en la aristocracia ateniense, a la aristocracia española de su tiempo, precisamente contra la que se habían alzado los grupos liberales del 68. Estamos aquí ante un elemento caro a la tendencia erudita, cual es el valor ejemplarizante y didáctico de la Historia. El pasado es, pues, ejemplo y reflejo del presente y, en este diálogo que se establece entre pasado y presente, se definen una serie de conceptos generales, universalmente válidos, que explican a su vez pasado y presente.

Rada describe de una manera pormenorizada la obra de Solón³² porque le sirve también de pretexto para exponer sus valores liberales y burgueses y su fe católica. Así, independientemente del origen familiar y la ocupación de las personas, la base de la organización social y política de Solón es la riqueza, que se alcanza por el trabajo productivo y no mediante la usura aristocrática; en realidad Solón ha sustituido la aristocracia por “la fecunda y justa aristocracia del trabajo” que es una “ley suprema impuesta por precepto divino a la humanidad” (Rada I, 503). Solón, en suma, supone una etapa dentro de un plan divino y providencial que lleva, en último término, a la unión pacífica de todo el género humano en el Cristianismo y así, su obra muestra ya un sentimiento de humanidad que se acerca al de fraternidad “base de las modernas sociedades, y punto de partida para la grande obra de nuestro perfeccionamiento, que sólo llegará a realizarse cuando los pueblos todos que hoy se agitan en luchas que los destrozan, formen una sola e inmensa familia de hermanos, con un solo padre, que es Dios” (Rada, I, 510).

Por su “liberalismo” Solón sale triunfante en la comparación con Licurgo. En efecto, Solón concilia la libertad individual “con las leyes imprescindibles del orden y de los intereses sociales” (Rada, I, 517) y, frente a los dorios que se caracterizan por su estrechez de miras y su intransigencia, e incluso al contrario de la mayoría de los filósofos griegos, transidos de un pensamiento teocrático y aristocrático, Solón es genuino representante del genio griego y

³² Sobre Solón cf. DOMÍNGUEZ MONEDERO (2001).

de su misión: la obra inteligente que irradia a todos los países, en todo tiempo y espacio (Rada, I, 517).

Aunque de ideas liberales, Rada no es, en modo alguno, un radical. La libertad no implica el desorden de la demagogia, sino que es necesario establecer algunos límites y algunas formas de cohesión social, como son las fratrías. En consecuencia, la Atenas resultante de la actividad de Solón se encamina hacia un ideal; liberada del dominio de la aristocracia de la sangre, se establece la unión y armonía que debe existir siempre entre la familia, la religión y el Estado y que se plasma en la idea de patria y patriotismo (Rada, I, 516).

Las Guerras Médicas son presentadas como una lucha entre Oriente y Occidente, entre la muchedumbre y la fuerza material y “la mágica idea de la libertad”, en la que Grecia se constituye en “centinela avanzado de la civilización” (Rada, I, 532) y Atenas, en la principal actora de la lucha. La época de Pericles, posterior a las Guerras médicas, supone la culminación providencial del pueblo ateniense, de su espíritu; por consiguiente, la participación en el sistema democrático, que perfecciona la retórica, las escuelas de filosofía y el desarrollo artístico, que da forma estética al pensamiento, terminaron por definir el destino histórico de los atenienses que no es otro que “formar un pueblo escogido, que cosechara y esparciera por el mundo la fecunda semilla del progreso humano” (Rada, I, 536). Rada rehuye relatar por extenso los peores períodos de la historia de Atenas, apenas cita de pasada, la Guerra del Peloponeso, que considera una guerra fratricida que degradada el carácter nacional y la gloria de Atenas y de toda Grecia. Del siglo IV considera la batalla de Queronea como el final de la libertad griega y se detiene únicamente en la obra de Licurgo en Atenas por su doble valor, como muestra de la pervivencia del espíritu del pueblo ateniense, en primer lugar, y, además, porque de él se puede extraer una enseñanza para el futuro, así “en los pueblos como en los individuos, algo superior sobrevive siempre a la desgracia. El espíritu se eleva radiante y esplendoroso sobre las miserias perecederas del cuerpo: los gigantes esfuerzos de la civilización y de la cultura, viven en las naciones aun después de su material decadencia” (Rada, I, 543). No se refiere a la época helenística, entonces poco estimada, y parcamente anota la dominación romana, de la que destaca el lugar común de la Grecia vencida que civiliza al inculto vencedor, que es, lógicamente, una victoria del espíritu, y la obra de Adriano con la ampliación de la ciudad hacia el Este (Rada, I, 544-545). Menciona, no podía ser de otro modo, la expedición de catalanes y aragoneses, “un puñado de valientes españoles” que se hacen con el Ducado de Atenas. Con ellos, Rada enlaza el nombre de Atenas con

la historia de España, y el heroísmo de los hijos de España le hace evocar Maratón y Platea (Rada, I, 546). La dominación turca es juzgada con severidad, ya que supone un letargo, un dominio estéril y la esclavitud de Grecia, en la que los griegos pierden completamente sus costumbres nacionales y olvidan su propia historia. Sin embargo, los exiliados de la dominación turca promueven el Renacimiento en Occidente, en la línea de la misión histórica de Grecia, que no es otra que enseñar a Occidente, sea en el mundo romano, sea en la Edad Moderna. La destrucción veneciana de la acrópolis es pintada con tintes sombríos y, de ella, se puede extraer una doble enseñanza moral, la de los discípulos que se rebelan contra los propios maestros, y la maldad esencial de la guerra, ya que, cualquiera que ésta sea, nunca puede existir una que se denomine civilizadora. El pacifismo de Rada refleja aquí tanto sus propias concepciones cristianas, cuanto que la ideas que circulaban por la España de su tiempo, entonces una potencia de muy segunda fila y poco comprometida en la política europea y mundial.

En la segunda mitad del siglo XVIII, según Rada, comienza a despertarse el sentimiento helénico y alaba los combates contra los turcos por liberar a su patria, presentados como una lucha “gigante y digna de los gloriosos tiempos de la Grecia” cuyos nuevos héroes, Ipsilantis, Germanós, Kolocotronis, Bótzaris, Miaulis, Kanaris, Maurocordatos, recuerdan a los antiguos y despertaron la admiración de toda Europa. Sin embargo, la época posterior a la independencia es convulsa, plena de discordias, tensiones y sublevaciones internas hasta que, en 1864, llega al trono Jorge, el hijo segundo del rey de Dinamarca, que es el monarca reinante en el momento en que Rada visita Atenas (Rada I, 549-551). Rada concluye entonces su relato: “Con el recuerdos de sus últimas desgracias, terminaron también para nuestro espíritu aquellas horas de insomnio, en que la loca de la casa como llamaba con harto fundamento un filósofo a la imaginación, despertando a la memoria había ido recorriendo con ella los grandes períodos de la historia de aquella ciudad, dormida ahora tranquilamente y siempre hermosa al tibio resplandor de blanca luna que envuelve con su manto de luz los monumentos de todas las épocas, como si quisiera unir, al menos en las horas del reposo, los recuerdos que dejaron las generaciones al pasar sobre superficie de la tierra, ya que parezca estarles vedado mientras viven realizar el generoso sueño de la fraternidad humana” (Rada, I, 552).

Rada principia la segunda parte de su relato describiendo la geografía de la ciudad con los ríos Iliso y Cefiso y los montes del Parnaso (Parnés), Egaleo e Himeto. El centro de la ciudad está atravesado por una serie de colinas, llamadas entonces *Tourko Vouní*, que separan los valles del Cefiso y del Iliso.

Según Rada, gracias a las obras alemanas, especialmente del arquitecto Schumbert, Atenas es “una ciudad de las más limpias y regulares del Oriente y presenta un aspecto europeo” (Rada, I, 554). La ciudad se vertebraba entonces entorno a dos vías rectas. En primer lugar la calle Hermes que iba desde la Plaza del Castillo hasta la estación del camino de hierro, donde se encuentra con la ruta del Pireo, cerca de la iglesia de *Ayia Triada*, esto es, desde la actual Plaza de *Syntagma* hasta la estación de la Plaza *Thissíou* y el Cerámico. Y, en segundo lugar, la calle Eolo, que transitaba desde la Torre de los Vientos hasta las afueras de la ciudad en *Patission* (la actual calle *Patission*), es decir, hasta el actual Museo Nacional, incluyendo la calle hoy en día llamada 28 de octubre y el entorno de la Plaza *Omonia*. En la intersección de ambas vías estaba el famoso café *Orea Ellada*, uno de los puntos de reunión más notables de ciudad que Rada compara a la carrera de San Jerónimo del Madrid de entonces, cerca del cual existía un bazar, esto es, el actual mercado de la calle *Athinas*.

Rada distingue entre una ciudad Vieja y otra Nueva. La ciudad Vieja estaba formada por un dédalo de callejuelas donde “es fácil perderse sin guía”; se refiere, obviamente, al barrio de *Plaka*, al sur de la calle *Ermoú*. La ciudad Nueva o Moderna se estaba entonces expandiendo al norte de *Omonia* y *Syntagma* con las calles *Stadíou* y *Panepistimiou*, y estaba planificada a la europea, con calles rectas y plantadas de árboles. En el área de *Panepistimiou* se encontraban el Parlamento, el Ministerio de Hacienda, la iglesia de *Ayios Theódoros*, la iglesia católica, el Hospital oftalmológico, la Academia Nueva y la Universidad. En la calle *Stadíou* se situaban el edificio de Correos y el Despacho de vapores griegos. Hacia su mitad Rada localiza la estación de carruajes en alquiler, en la actual Plaza *Klafmonos*. Se halla también en esta calle el *Varvakeion*, sede de la Sociedad arqueológica. La Universidad Politécnica estaba siendo construida entonces y se había ya proyectado el Museo Nacional. Finalmente otra calle importante y ancha, al sur, iba hacia el Teseo (el templo de Hefesto, en realidad, sobre la colina del Ágora) hasta la Acrópolis, se trata de la actual la calle *Mitropóleos* (Rada, I, 552-554).

Una vez definida la geografía de Atenas, a grandes rasgos, y expuesto el tejido urbano de la ciudad, Rada vuelve su relato hacia la descripción de la población contemporánea, que se mueve dentro del colorismo pintoresquista de los viajeros occidentales. El pueblo griego viste su traje nacional, que Rada describe detalladamente: “Alto fez de lana roja, con una larga y gruesa borla azul, característico gorro que se inclina generalmente hacia la izquierda; chaqueta con mangas perdidas y ricamente bordada; chaleco igualmente bordado; camisa de anchas y plegadas mangas flotantes; cinturón de cuero, del

cual pende una bolsa también de cuero para las armas; la fustanella, especie de zaragüell muy ancho y plegado, que mas parece una túnica de blanco lienzo; cortos pantalones; altas polainas rojas, y zapatos con aguda y levantada punta del mismo color, adornada por una borla de lana, zapatos contruidos especialmente, sin suela, sino con cuero en lugar de ella unido a la pala a manera de albarca” (I, 555). Anota también sus distinciones regionales o locales, así, ante nuestros ojos desfilan los trajes beocios, los cretenses con sus altas botas, los albaneses y los *palikaris* –menciona de pasada la triste fama de los bandidos griegos en los últimos tiempos, en un clima de inseguridad que preocupaba enormemente a los viajeros de la época-. A diferencia de los hombres, las mujeres visten preferentemente como las europeas, si bien entre ellas, por su vestimenta, se pueden distinguir las albanesas, del Peloponeso, de Eleusis, de los alrededores de la Acrópolis y de la isla de Idra (Rada, I, 555-557).

De la descripción de los trajes, Rada pasa al retrato de los cuerpos. Rada esperaba hallar en Grecia los físicos de las estatuas clásicas y, de hecho, los encuentra, de manera que los hombres “conservan las nobles aposturas, rostros de varonil belleza, conservándose la raza que sirvió de modelo a Fidias”. Por el contrario, las mujeres destacan más por “su discreción y cultura” que por su belleza. Rada elogia en ellas su elevado nivel de formación, se entiende de determinada clase social, ya que hablan dos o tres idiomas, algo que desearían muchos hombres europeos de su tiempo (Rada, I, 558).

Rada alaba el griego antiguo que fue lengua del pensamiento filosófico y científico y, por sus raíces terminológicas, construcciones, claridad y flexibilidad, “la más bella y armoniosa que hablaran los hombres” (Rada, I, 558). Empero el idioma griego, tan perfecto en la Antigüedad, se deterioró, “bastardeó” dice Rada, en las épocas medieval y moderna por el contacto con los idiomas hablados por los pueblos que dominaron Grecia. Rada no tiene en cuenta la propia evolución de la lengua griega, alejada ya en la Antigüedad de la pronunciación erasmiana que todavía seguimos empleando los occidentales, y elogia la reacción que estaba produciéndose entonces en favor de la *katharevousa*, la lengua griega purificada. Asimismo, ensalza el llamado entonces arte neogriego, que recomienda estudiar e incluso implantar en España y describe las casas atenienses, celebrando su disposición, se trata de viviendas generalmente de poca altura, normalmente de dos pisos y aterrazadas, pequeñas casas blancas “que presentan un risueño y agradable aspecto” (Moreno, 126)³³. A

³³ Aunque, en ocasiones, no ocultan su desprecio: «miserable pueblo que se levanta al lado de estas ruinas. Pero no, pasemos de largo sin fijar la atención en sus humildes viviendas, en

Rada le recuerdan a las casas del Levante en las que pasó su infancia. En realidad, Rada está describiendo el estilo neoclásico traído por los alemanes a Grecia de casas con puertas y ventanas simétricas y antefijas a las que se le añaden balcones en su fachada.

El relato de Rada refleja las concepciones occidentales de su tiempo y los ideales que, en parte, habían motivado la intervención de las potencias occidentales a favor de la independencia. No sólo la justificación de la existencia de la Grecia moderna es la Grecia antigua, sino también su futuro, que debe centrarse no únicamente en el cuidado de la herencia sino en la restauración de la Grecia antigua, restauración que debe pasar, en primer lugar, por la lengua y el arte. En último término a la Grecia moderna se le está imponiendo la imagen que los europeos tenían de la Grecia antigua sobre la que ha de construirse la nueva Grecia que es una Hélade revivida, ajena casi por completo a lo que había sido el devenir histórico de Grecia desde la Antigüedad. Retorno a su más antiguo pasado y europeización presente, ambos elementos se unen a fin de construir el porvenir, sin atisbo de contradicción pues, una vez eludidas la Grecia bizantina y aquella sometida al turco, la Antigüedad es la base reconocida de la Europa decimonónica.

Después de informarnos sobre el urbanismo y los habitantes de la Atenas contemporánea, Rada centra su relato en la descripción de los monumentos de la ciudad y nos enuncia las fuentes que va a emplear: su propia observación y crítica, los relatos de los viajeros distinguidos y las publicaciones, especialmente las más recientes, de sabios y eminentes arqueólogos. En realidad Rada pasó únicamente cinco días en Atenas y, aunque realizó un notable trabajo y esfuerzo, secundado eficazmente por Ricardo Velázquez, sobre todo en planimetría, mediciones y dibujos, no pudo estudiar ningún monumento en profundidad y sus observaciones personales tienen, por tanto, un valor muy limitado. Aunque en ocasiones somete a crítica determinados relatos o teorías contemporáneas, en gran medida sigue a otros autores y su relato, de origen esencialmente libresco, sirve en gran medida para confirmar las opiniones de los autores que emplea como fuente. Conoce las obras de los viajeros occidentales pero las emplea también de forma bastante limitada, menciona los trabajos de arqueólogos alemanes e ingleses y se esfuerza por conocer ciertamente el resultado de las últimas investigaciones, pero algunas de sus citas vienen a través de los autores principales que utiliza, los france-

sus iglesias pintorreadas, ni en su real palacio que más parece un cuartel. No destruyamos con mezquinas impresiones la impresión solemne que han despertado en nosotros los restos de la antigüedad» (MORENO [s.a.]: 133).

ses Beulé y Bournuf. Uno de los principales problemas de su narración es precisamente la inconsistencia de sus referencias bibliográficas en las que no siguió un método sistemático. En cuanto a las fuentes antiguas, cita a Justino, a Platón, Menéxeno, Valerio Máximo, Pausanias, Plutarco, Heródoto y Jenofonte (I, 542) y hay ecos de Tucídides, sin nombrarlo, en la Atenas de Pericles (I, 536), pero nunca menciona la obra, el libro ni el párrafo concreto; por lo que se refiere a las coetáneas, a veces simplemente dice un historiador contemporáneo (I, 525), o un autor italiano (I, 503), casi siempre anota su nombre, Beule, Bournuf, Madrazo, Lenormand, Bitet, Tubino, Cantú, Schlosser (p.e. I, 504, n.1), y recoge también observaciones del diario de navegación del comandante de la fragata, pero pocas veces menciona el título de sus obras, y si lo hace, lo hace de forma incompleta, pues casi nunca refiere la página concreta y nunca el lugar de edición.

Posee, sin embargo, ya el concepto de cerámica como fósil director, cuyos fragmentos “son el más perdurable testimonio de la presencia del hombre en los lugares donde se hallan, mientras que todos los demás materiales que emplea en obras de arte desaparecen [...] sirviendo providencialmente su misma inutilidad de segura guía de la investigación científica” y también una incipiente noción de estratigrafía (Rada, I, 562-563).

Como era por otra parte lógico, Rada (I, 565) comienza su descripción por la Acrópolis³⁴, relatando, en primer lugar, su topografía que imagina como una colina muy escarpada e irregular en su parte occidental y que culminaba en una cima muy inclinada hacia occidente. Pasa después a considerar sus diferentes etapas históricas (I, 566-589), definiendo un primera fase de ocupación con Teseo, con escasa distinción entre mito e historia. Entra luego en el segundo período, que denomina pelásgico o ciclópeo, que correspondería a lo que hoy denominamos período micénico. Entonces se había excavado una parte sustancial de la zona de los Propíleos y del bastión meridional y se había exhumado el muro “pelásgico” en el ángulo sudeste de los Propíleos. En su descripción, Rada sigue prácticamente a Bournuf, que defendía un origen ario e indio para la población ateniense sobre la base de la interpretación de sus mitos, de manera, por ejemplo, que Cécrope es el indio Caçiapa, una de las formas del Sol, lo mismo que Erecteo y consideraba que los cultos tenían una orientación astronómica en la Acrópolis. Así, por ejemplo, con Bournuf sobre la base de la orientación del Partenón en relación con las salidas equinociales y solsticiales, llega a fechar la fun-

³⁴ Para la historia y arqueología de la Acrópolis cf. BUNDGAARD (1974), ECONOMAKIS (ED.) (1994) y HURWITT (2004).

dación del templo “pisistrátida”, en realidad el Prepartenón, en 554. Como Beulé descubrió un muro poligonal de piedras talladas, Burnouf, seguido por Rada, define dos etapas pelásgicas en la fortificación de la Acrópolis, de manera que en la fase primitiva (los muros ciclópeos) sólo circunvalaba la cima. Ambas fases corresponden, en opinión de Rada, a poblaciones que preceden a los griegos, porque “lógicamente” los helenos construyen muros de sillares iguales, cortados en ángulo recto con tendencia a hiladas horizontales y a lo isodómico, lo que nuestro autor denomina construcción “horizontal o helénica”. En realidad, si el muro pelásgico era micénico, del siglo XIII a.C., el poligonal de la entrada de la Acrópolis se fecha a mediados del siglo VI. A pesar de ello, Rada es capaz ya de emplear el estilo de los muros e incluso el tipo de piedra como criterio de datación, un método no exento de dificultades, pero que seguimos utilizando hoy en día. El tercer período de la Acrópolis pertenece a Pisístrato, al que Rada atribuye el Prepartenón, que sirve de cimentación al Partenón, el altar, construido en piedra gris del Pireo, situado justo enfrente del Partenón y que había sido exhumado en 1836, y el santuario de Ártemis, entonces recientemente descubierto. En consonancia con ello, en el muro septentrional, llamado de Temístocles, los tambores de mármol, los triglifos y arquitrabes son de la época de Pisístrato. Correctamente atribuye la ampliación oriental a Cimón. El último período relevante de la Acrópolis es obviamente el de Pericles que corresponde a la expansión de Atenas tras la Segunda Guerra Médica, juzgada desde una óptica liberal, de modo que, tras la guerra, el mar y el comercio constituyeron las bases de la riqueza ateniense.

Finalmente, Rada describe los monumentos entonces visibles en la Acrópolis; se habían aclarado los entornos del Partenón y el Erecteo, pero todavía no se habían desescombrado totalmente los Propíleos ni se había estudiado toda la parte oriental de la Roca. Su descripción no sigue un criterio topográfico sino jerárquico, que principia con el Partenón y finaliza con la Nike.

Siguiendo a Bournouf, Rada interpreta el Partenón en clave védica o indoeuropea; Atenea es la diosa del Oriente, del nacimiento de la luz, de la Aurora, la que abre las puertas del cielo, “arrolla las legiones de la noche, las precipita hacia el Occidente, y levanta el reinado victorioso de la luz” (I, 590). Hefesto, que hizo nacer a Atenea de la cabeza de Zeus, no es otro que el védico Agni, que hace brotar la luz celeste (I, 588) y así como entre los griegos, Atenea se une con los héroes, representaciones míticas del Sol (Heraclés, Perseo, Belerofonte, Aquiles, Diomedes, Ulises), en los himnos védicos, la Virgen de la luz se une con todos aquellos que luchan contra los negros demonios de las tinieblas. El Partenón es, por tanto, “el gigantesco y

digno santuario de la Aurora” (I, 606) y “su altar, tomado como centro y relacionado con los puntos de mira levantados sobre el Himeto, daba en el 445 en que fue definitivamente colocada, la posición de los solsticios y equinoccios” (I, 591).

Mucho más fiable que esta interpretación es la descripción del templo, del que da las medidas, siguiendo a Pearose (I, 607, n. 1), anota las correcciones ópticas, ya entonces conocidas, y menciona el friso, de 158 x 1 m de altura, que se calculaba incluía 320 estatuas, y las metopas, de las que se conservaban once en el lado septentrional y una en el lado meridional. Varios fragmentos se hallaban expuestos en la cella. Rada refleja dos de los debates sobre el Partenón que ocupaban a los investigadores de su tiempo: la cubierta y la policromía. Spon, Wheler, Perrault, Stuart, Barthelemy, Winckelmann y Chandler habían considerado que el Partenón estaba cubierto mientras que Beule y Ross pensaban que se trata de un templo hípetro. Rada cree que no pudo ser descubierto; de lo contrario, se hubiera inundado una cella sin desagües, pero tampoco podía contar con una techumbre completamente opaca, ya que hubiera impedido ver las riquezas de su interior y era disconforme a la condición de Atenea como diosa de la luz. Rada se inclina por una cubierta a dos vertientes con una abertura central de vidrio (I, 611-



FIG. 2. El Partenón en 1871 (Rada, *Viaje a Oriente*)

612). Habiéndose sumergido largamente en este debate, no se detiene en la cuestión de la policromía, aunque piensa que el templo estaba pintado por influencia oriental o para su mejor preservación (I, 615).

Rada pasa ahora a considerar el Erecteo, donde se adoraban conjuntamente Atenea Políada y Posidón y que, según Rada, era testimonio de la concordia después de la disputa y da cuenta de sus medidas tomadas por Ricardo Velázquez (I, 643, n.1). Siguiendo con la clave védica, el Erecteo contaba con una habitación para albergar a la serpiente sagrada “representante vivo del Ahi supremo mito de la fuerza que sostiene la nube encerrada en las puras védicas o fortalezas celestiales” (I, 618). Con Burnouf, concluye diciendo que toda la teogonía y religión de la Acrópolis encuentran su directa filiación en los himnos de Veda (I, 621). El Erecteo sirve también a Rada para, desde su catolicismo ferviente, exponer sus ideas sobre la religión pagana griega que no es otra cosa que superstición. De este modo, en el Erecteo se adoraban supersticiones muy arraigadas, como Pandroso, Erecteo y Posidón, y “un astuto sacerdote, aprovechándose del fanatismo de la multitud”, salaría el agua y haría cuantos ruidos fueran necesarios (I, 619). Finalmente, Rada se pronuncia severamente en contra de “las incalificables devastaciones de Lord Elguin [...] que si un egoísta y mal entendido amor a la patria puede en algún modo disculpar, merecerán siempre los más duros anatemas del arte y de la ciencia arqueológica” (I, 636, 642).

Correctamente anota que los escalones oblicuos a los Propíleos, que se conservaban todavía, son anteriores, ya que formaban parte de la entrada arcaica, mientras que los Propíleos de Pericles están alineados con el Partenón. Refiere sus medidas, nos informa del Museo que entonces se encontraba en la Pinacoteca y destaca el espíritu innovador del edificio, que residía en la armonía de los diferentes órdenes sin recurrir a la decoración escultórica. Del pórtico exterior subsisten los capiteles de dos de las columnas de los ángulos y en el pórtico interior, de las seis, cinco mantienen sus capiteles (I, 644-648). Rada recoge la polémica sobre la finalidad del edificio, que entonces existía en la historiografía, Beulé pensaba en uso decorativo, Leake y Bournouf lo consideraban una fortificación y Spon, un edificio religioso. Con Bournouf rechaza su empleo religioso, ya que no se parece a un templo griego, y es del parecer de Beulé, puesto que los Propíleos carecen de obras de defensa con sus pórticos abiertos (I, 651-653).

Rada describe luego el templo de la Nike (I, 654-667), que fue reconstruido entre 1835 y 1836 por los alemanes Ross, Schaubert y Hansen, a partir de numerosos fragmentos empleados en el bastión turco. Lo describe y lo mide, con ayuda de las obras de Beulé y Bournouf, y sobre el friso considera,

manteniendo una posición ecléctica, que, mientras los ropajes estaban pintados, las encarnaciones carecían de pintura al modo de los camafeos antiguos. Rada visita también la colección expuesta en la cella del templo de la Nike, del que se traen varios vaciados de yeso al M.A.N. como la Victoria descalzándose y el relieve de un toro llevado al sacrificio. Da noticia además de los hallazgos de Hansen y Schaubert, en la terraza del templo, de losas escultóricas que decoraban la balaustrada del bastión meridional de la Acrópolis, que Beulé considera representación de las victorias atenienses de las Guerras Médicas y del Peloponeso y que Ross, seguido por Rada, data en la época de Licurgo. Menciona finalmente las excavaciones de Bournouf que, tres años después de la visita de Rada, descubrieron la llamada escalera pélagica, esto es micénica, que había sido cubierta con una bóveda en la Edad Media.

Finalmente Rada (I, 671-675) se refiere a los últimos períodos de la Acrópolis: Valeriano construye un nuevo muro al pie de la Acrópolis, Justiniano fortifica también la Acrópolis y los Acciaiuoli levantaron su palacio en los Propíleos y, junto a él, una altísima torre, que en época reciente fue arrasada por la sociedad arqueológica con dinero de Schliemann. Los turcos erigieron un bastión fortificado en el *Pyrgos* con una batería de seis cañones, y una mezquita en el Partenón mientras que el Erecteo se convirtió en harén y los Propíleos en palacio del Aga —el gobernador turco de Atenas—. En suma, en el momento de la Guerra de Independencia, existía un poblado en la Acrópolis que se había levantado hasta ocho y diez metros del suelo antiguo y que ocultaba parcialmente las columnas. La Acrópolis sufrió daños durante la Guerra de la Independencia y, una vez liberada Atenas, los griegos comenzaron a despejar la Acrópolis, efectuando numerosas demoliciones desde 1835; desaparecieron así todo el caserío, lo que restaba del palacio florentino, el ábside y los muros de una antigua capilla adosada al ala izquierda de los Propíleos, y la torre de los Acciouli y las obras continuaban entonces. Sin embargo, Rada se pronuncia en contra de arrasar completamente los edificios posteriores porque considera que la destrucción de estos estratos será una pérdida para el estudio y quedarán lagunas para la investigación (I, 674-675).

Tras la descripción de los monumentos de la Acrópolis, Rada comienza el estudio de los monumentos de la ciudad³⁵ por el Teseo, en realidad el templo de Hefesto, situado en la colina del ágora. Correctamente anota que su estilo es anterior al Partenón, lo conecta con el regreso de Cimón tras su

³⁵ En general se puede ver CAMP (2001).

campana en Esciros y describe su decoración escultórica, que representa los trabajos de Heracles y Teseo. Sin embargo, no se aparta de la interpretación astronómica y védica de Bournuf. En consecuencia, los temas tratados en los relieves son manifestaciones legendarias de mitos primitivos relacionados con la luz y la sombra, las nubes, el rayo y los vientos, y los centauros son los Gandharas védicos y Teseo es el Rey Sol (Rada, I, 676-680).

El Hefesteo había sido convertido en iglesia bizantina con la adición de un ábside en su fachada oriental y la destrucción del pronaos y de las columnas entre las antas. Después de la liberación de Atenas, en 1835, el ábside bizantino fue demolido y, en 1871, en el momento de la visita de Rada, constituía la sede del Museo Arqueológico Nacional y ofrecía sobre todo una colección de esculturas, entre las que Rada destaca la estela de Aristión y el Relieve de Eleusis, de los que se traen reproducciones al M.A.N. Por su importancia, la estela de Aristión está encerrada en “una caja de madera de cristales”. Influida por las fuentes que maneja, las memorias que Madrazo y Tubino escribieron respectivamente para la revista *Museo español de Antigüedades*, la descripción de ambas estelas se torna prolija en extremo y Rada cae en la erudición.

Después de detallar el Hefesteo, Rada se centra en el resto de los monumentos que ofrecía Atenas al visitante de la época. En una pequeña plaza, tal y como hoy en día, se encontraba la que la tradición popular designaba como la Linterna de Diógenes, que en realidad es el Monumento coréxico de Lisícrates y que, durante mucho tiempo, estuvo en el patio del convento francés de los Capuchinos. El monumento posee una inscripción grabada en el arquitrabe (*JG II*² 351), que estaría culminada por el trípede de la victoria, y un friso decorado con los piratas tirrénicos, que acometieron a Dioniso, convirtiéndose en delfines (Rada, I, 699-700). Desde la plaza del monumento de Lisícrates, Rada llegó al teatro de Baco (de Dioniso), a través de la calle de Dioniso, que encuentra poco limpia. Probablemente bajó por la calle *Thrasilou* hasta alcanzar la actual de *Dionisíou Areopagitou*. Strach había empezado a despejar en 1862 el graderío inferior y entonces era visible dicho graderío, el muro de circunvalación y la escena. En el entorno del teatro sobrevivían dos columnas de monumentos coréxicos (de época romana) y los restos maltrechos del Monumento de Trasilo, que había quedado prácticamente destruido en 1827, situado en una gruta, que entonces estaba consagrada a la Virgen de la Gruta de Oro. Menciona también los restos del Odeón de Pericles y la Estoa (de Eumenes), que une el Teatro de Dioniso con el Odeón de Herodes Ático. De este Odeón, que empezó a desescombrarse en 1848, Rada nos dice que se conservaba la parte inferior del graderío y parte

de la escena (Rada, I, 700-704)³⁶. Siguiendo la muralla occidental de la Acrópolis por el camino de carruajes, es decir, la actual calle *Theorías* y la entrada a la ciudadela, alcanzaron el Areópago, que a Rada le evoca la presencia de San Pablo, en su discurso pronunciado ante este Consejo y que provocó que uno de sus miembros, Dionisio, se convirtiera al Cristianismo; el Areópago es, pues, “recuerdo no sólo de época pagana, sino también del glorioso periodo de las persecuciones y del martirio de nuestra sacrosanta religión” (Rada, I, 704-705).

Desde el Areópago, Rada se dirige a las tres colinas que se alzan al oeste de Atenas. En la ladera norte de la colina de las Musas existían tres grutas, una de las cuales la tradición ateniense identificaba con la prisión de Sócrates, y que Rada considera correctamente como una simple cámara sepulcral. Viene ahora el Monumento de *Philoppapos*, que Rada fecha en el siglo I d.C., de los descendientes de Antíoco IV, el último rey de Comagene³⁷. En la Pnix, que mide 74 metros N-S por 117 E-O, Rada destaca el enorme muro de contención, de la última parte del siglo IV a.C., que considera una construcción megalítica de remota época pelásgica (Rada, I, 705-707).

Rada continua su relato con la Torre de los Vientos, que data en el siglo I a.C. y lista los vientos de cada una de sus ocho caras. En 1871, en el interior de la Torre de los Vientos, se exhibía una colección de copias y de antigüedades entre las que se encontraban vaciados en yeso de las esculturas del Partenón que están en Londres y el friso del templo de Apolo en Basas, un ábaco y varias estelas funerarias como la del Efebo con un estrígilo, y además un torso de amazona. Cerca de la Torre de los Vientos se encontraba la Puerta del Mercado, esto es la actual entrada al ágora romana. Rada describe dicha Puerta con sus cuatro columnas dóricas, arquitrabe, triglifo y frontón, cuya inscripción es de época de Augusto. Rada la interpreta como la puerta que da ingreso al mercado del aceite, según otra inscripción grabada detrás de ella de época adrianea (Rada, I, 707-708; cf. Camp, 2001, 192-195).

Su estudio del Templo de Zeus Olímpico puede ser considerado un modelo de las descripciones que hace Rada. De esta manera, narra primero la historia y los avatares del templo, proyectado por los pisistrátidas en 530, continuado por Antíoco III en 174, Sila se llevó a Roma sesenta y ocho columnas, Augusto trató de terminarlo, pero lo hizo finalmente Adriano en 135.

³⁶ En la ladera meridional de la Acrópolis la Sociedad Arqueológica empezó en 1848 los trabajos en el Odeón y en 1862 en el Teatro de Dioniso, en 1876 se descubrió el Asclepeo y en 1877/8 se despejó la Estoa de Eumenes: cf. CAMP (2001): 254-257.

³⁷ En realidad es de principios del siglo II d.C. *uid.* Paus.1.25.8; *JG* II² 3451 A-E.

Relata luego cómo debía ser el templo concluido con 10 columnas en cada uno de sus frentes (E-O) y 21 en los laterales (N-S), con una columnata doble en los lados mayores y triple en los menores, y su estado actual del quedan 16 columnas, 13 del ángulo SE y 3 en la línea interior del lado meridional. Una fue derribada por un huracán en 1852, lo que da pie para una reflexión moral, estas columnas romanas, que están derribadas mientras las griegas subsisten, representan el escarmiento para “una civilización altiva y presuntuosa” y para los “hijos degenerados y consumidos por insaciable afán de grandezas y placeres” (Rada, I, 710).

Rada dejó el Olimpico en dirección al Iliso, al este de la ciudad, atravesaron su cauce, que casi siempre estaba seco, y llegaron al Estadio, al que Herodes puso en 140 d.C. sillares de mármol. Rada indica los trabajos de Ziller continuados a expensas del Rey. Después fueron a la Puerta de Adriano, todavía bien conservada. Finalmente, Rada se refiere al extremo occidental de la Calle Hermes, donde se encuentra la iglesia de *Ayia Triada* y el cementerio homónimo, el actual Cerámico, cerca de la Doble Puerta (*Dipylyon*) y menciona las estelas sepulcrales que allí se encontraban, por ejemplo, la de Dexileo, cuyos hallazgos fueron causa del comienzo de las excavaciones (Rada, I, 710-714)³⁸.

Una vez completada la descripción de los monumentos griegos y romanos, Rada dedica un mínimo espacio a las iglesias bizantinas, se contenta prácticamente con nombrarlas y distingue genéricamente las tres etapas del arte bizantino y las características generales de cada período, a saber: la primera época de Constantino a Justiniano; de Justiniano al siglo X y el período posterior a esta fecha. De Atenas cita las iglesias de los *Anáryiroi*, *Ayios Theodoros*, *Ayios Taxiarchos* y la célebre catedral antigua, y, de la segunda etapa, la *Kapnikarea*, todas de exiguas dimensiones, por ejemplo, la catedral mide 7,30 por 10,20 metros. Si las visitó, probablemente no todas, no las estudió en profundidad (Rada, I, 713-714).

Mayor amplitud dedica a la descripción de los edificios modernos, en primer lugar la Universidad, fundada el 22 de mayo de 1837, a imitación de

³⁸ Las excavaciones en el Olimpeo tuvieron lugar entre 1883-1884 y en 1922, y el área aneja hasta el Estadio, entre 1886 y 1907 y en la década de los sesenta del siglo XX, cf. R. TOLLE-KASTENBEIN, *Das Olympieion in Athen*, Colonia 1994; C. GASPARRI, «Lo stadio Panatenaico», *ASAtene* 36-37 (1974-1975) 313-392. Las primeras estelas aparecieron en el Cerámico en los años sesenta del siglo XIX y las excavaciones comenzaron en 1870; el museo actual data de 1937 (U. KNIGGE, *The Athenian Kerameikos: History, Monuments, Excavations*, Atenas 1991). El mayor olvido de Rada se refiere a lo que entonces se conocía sobre el ágora. En efecto, en 1859 se había excavado en el ágora la llamada Estoa de los gigantes, y en 1861 se excavó la Estoa de Átalo, que se sabía estaba situada en el ágora (TRAVLOS [1981]: 395-396).

la alemana, y que contaba entonces con cuatro facultades, Teología, Jurisprudencia, Medicina y Filosofía, un Observatorio astronómico en la Colina de las Ninfas, establecido y dotado por el barón Sina, una Escuela de Farmacia y gabinetes de numismática, este último con cinco mil monedas, de Historia Natural y de Anatomía. En 1871 la Universidad acogía a 1200 alumnos y sesenta profesores ordinarios y extraordinarios, doce de los cuales eran agregados. Menciona también el *Arsakeion*, fundado por Arsakes en la misma calle de la Universidad, para doncellas, como no había entonces otro en todo el Oriente; el *Varvakeion*, el gimnasio o colegio construido por Varvakes, al modo de los antiguos liceos imperiales franceses, con 600 alumnos y que albergaba la colección de la Sociedad arqueológica griega con cerámicas, lécticos con relieves, una caja de tocador de bronce, terracotas, esculturas y lucernas y también inscripciones. En el Ministerio de cultos se exhibía, asimismo, otra colección de antigüedades provista de relieves, lécticos blancos, vasos cerámicos e inscripciones. Los expedicionarios visitaron también el Palacio real, de estilo llamado neogriego, donde destaca, según Rada, el Salón de baile por su originalidad y buen gusto³⁹ y, en sus breves momentos de descanso, pasearon por el Jardín Botánico y del Castillo, donde dan noticias de los mosaicos romanos exhumados en sus jardines y de las estatuas de Kapodistrias y del filohelena Eynard que los adornaban (Rada, I, 714-721)⁴⁰.

A pesar de que los miembros de la Comisión habían solicitado al Comandante una mayor detención en Atenas para poder completar los trabajos que tenían empezados en el Partenón, la fragata permaneció atracada en Falero únicamente cinco días. Los miembros de la Comisión estuvieron trabajando en la Acrópolis hasta la medianoche del día 22 de julio, bajo la luz de la luna llena. A esa hora abandonaron Atenas, ya que debían presentarse en la fragata a las tres de la madrugada. Les acompañaron hasta el embarcadero el banquero Serpieri y el vicecónsul Enrique de Gaspar. Conforme se alejan, Rada siente el desasosiego de separarse de la ciudad: “Hasta aquel momento casi no había comprendido la realidad de nuestra marcha. Atenas y sus monumentos me habían tenido tan alejado de la vida real, tan abismado en su contemplación y estudio, que no creía pudieran interrumpirse tan inolvidables días, para marchar lejos de aquellos parajes donde tanto había soñado”, entonces dirige “una última y triste mirada de despedida a la ciudad lejana

³⁹ Rada (I, 720) dice que fueron amablemente acogidos por las autoridades y la población, y de no haber estado los jóvenes reyes en Corfú, les habrían concedido audiencia.

⁴⁰ Debido a la premura de tiempo no pueden visitar Colono, donde estaban las tumbas de Otfried Müller o Carlos Lenormand.

[...] aquellas ruinas, entre las cuales vive para eterna enseñanza de los siglos el genio del arte” (Rada I, 722).

La fragata levó anclas, pues, en la madrugada del 23 de julio, en demanda de Besika en la costa turca. Empleando únicamente dos calderas, dejaron atrás, por estribor, la isla de Egina y, por babor, la de *Flera*, gobernando hacia el cabo Colonna, en la extremidad sudoriental del Ática. Avistan el cabo y divisan el templo que Rada llama de Minerva⁴¹. Penetraron entonces en el canal de *Madri* por babor y doblaron el puerto de Laurion, entrando en el Canal de Zea, entre esta isla y la de *Makro Nisi*. Pasan *Ayios Nikólaos*, una pintoresca población en el NO de la isla de Zea, y embocan el canal de *Doro*, que separa las islas de Negroponto y Andros; poco después están ya en mar abierto. Al amanecer surcaron entre Esciros, a babor, y *Psara*, a estribor, divisaron Lemnos y Mitilene y se aproximaron a la isla de Tenedos. El viento del NE, muy flojo, les obligó a encender una tercera caldera. A mediodía del día 23 se sitúan en latitud 38° 57' N y longitud 31°, 35' E. El día 24 entraron en el Canal de Tenedos y fondearon a las 8 de la mañana enfrente de Tenedos, donde permanecieron anclados media hora. La isla tenía gran reputación en Occidente por sus vinos, estaba habitada entonces casi en su totalidad por griegos y poseía los restos de un castillo veneciano. Finalmente, atracaron en la bahía de Besika, ya en la costa turca de Asia Menor⁴².

A pesar de las escasas jornadas que pasan en Atenas, el relato de Rada y el más breve del resto de los expedicionarios no deja de tener su interés como muestra del clima cultural de su tiempo, europeo y español, de su visión sobre la Grecia contemporánea y de la metodología y conceptos que en aquel tiempo se empleaban en los estudios griegos.

Ciertamente hay indicios de un incipiente positivismo. Rada se acerca a la historia de Grecia, tanto la antigua como la moderna, con una actitud empírica, intenta dar profundidad científica a su relato, rehuyendo, además, la narración de aventuras y peripecias. Se preocupa por emplear varias fuentes de información, porque su exposición sea verosímil, reconoce la necesidad de investigar sobre el terreno y, aunque sea en pequeña medida, intenta darnos noticias de la Grecia coetánea. Trata de seguir un método sistemático, de usar un procedimiento descriptivo riguroso y de elaborar un texto caracteri-

⁴¹ En Sunio el templo de Atenea se disponía en una colina baja y era jónico con columnas únicamente en los lados meridional y oriental (ca. 460-450). El dórico de la parte alta estaba dedicado a Posidón y formó parte probablemente del programa pericleo. Las excavaciones empezaron con W. Dörpfeld en 1884 y fueron continuadas por el servicio griego entre 1899 y 1915 (TRAVLOS [1988]: 404-429).

⁴² Rada, II, 5-6; MORENO (s.a.): 136-137; ESTRADA (1923): 457.

zado por la precisión y la exactitud⁴³. En muchos pasajes alcanza también una indudable altura literaria, insertando igualmente anécdotas, detalles concretos, elementos extraños como son las diferentes vestimentas atenienses, para mover el interés y la curiosidad del lector y aligerar el relato científico o erudito. En ocasiones se evocan además recuerdos vitales, como el camino del Grao a Valencia o las casas del Levante español, que tienen la intención de presentar al lector una serie de imágenes conocidas, provocando así una inmersión total en el lugar (Litvak, 1987, 219).

A pesar de sus intenciones, Rada se mueve entre el Romanticismo y la erudición y hay todavía poca presencia del positivismo científico. Parte de su relato no es una investigación metódica sino más bien alarde de conocimientos con poco sentido crítico, mientras que el positivismo, por su concepción filosófica, rigor y precisión, supera a la simple erudición, la sobriedad es rigor, rechaza la ostentación y recomienda la modestia y moderación en el juicio. No llega a afirmar el predominio absoluto del documento, confundido casi exclusivamente con la fuente literaria, y no ha desarrollado todavía el deseo de la transcripción cuidadosa, la catalogación y la publicación clara de los mismos. Tampoco se ocupa demasiado de la elaboración de una cronología exacta a través de la confrontación sistemática de testimonios; ciertamente tiene una concepción de cronología relativa, pero introduce muy pocas fechas absolutas, y obviamente, como acontece también en el positivismo, los acontecimientos son, en esencia, políticos y administrativos. A la manera del Romanticismo cree en el espíritu de los pueblos y, en el caso de los atenienses, este espíritu precisamente explica su historia. Maneja conceptos apriorísticos y, frente al deseo positivista de que historiador desaparezca ante unos hechos históricos que hablan por sí mismos, Rada emite continuamente juicios de valor, se muestra escasamente reflexivo y adopta siempre un enfoque moral y ejemplarizante en el tratamiento de los sucesos históricos⁴⁴.

Así, desde su mentalidad liberal y cristiana, su relato está teñido de fuertes componentes ideológicos como, por ejemplo, la creencia indiscutible en la superioridad de la civilización europea y en la fuerza civilizadora del desarrollo económico. Lejos del cientifismo de la historiografía positivista, que quiso de la historia una ciencia comparable a la de las ciencias de la naturaleza, su concepción histórica está impregnada de providencialismo de raíz cristiana.

⁴³ Rada, I, 9; LITVAK (1987): 228.

⁴⁴ Sobre los métodos del positivismo puede verse LANGLOIS-SEIGNOBOS (1972) y ALONSO TRONCOSO (1994): 12ss.

Rada y el resto de los expedicionarios muestran una confianza ilimitada en el progreso del saber y la bondad de la técnica; una fe en la ciencia, que es, en realidad, un instrumento de la Divina Providencia, en “el poder de aquellas benditas hermanas (ciencia, arte e industria), que Dios dejó en el mundo para que engrandecieran al hombre, obedeciendo a la santa Ley del trabajo” (Rada, I: 14). La ciencia y el arte llevan a la perfección de la humanidad en su destino trascendente que no es otro que la ley del amor sustituya a la ley de la fuerza, el ansiado día de la fraternidad universal. De este modo, la historia humana tiene una finalidad establecida por Dios “que llegue un día en que se realice el gran deseo de unidad humana, formando una inmensa familia con un solo padre que es Dios, pensamiento que sólo está llamado a realizar la Religión cristiana” (Rada, I, 14). En este sentido, Grecia ha desempeñado un importante papel, “la mano de Dios había dispuesto para sus grandes designios, dotó a la antigua Helenia de una florecimiento especial, nuevo, divino, por que divino era el soplo que le daba vida” (Rada, I, 9).

Por último, Rada muestra también aspectos cercanos al coleccionismo y al anticuarismo, una visión estética de búsqueda de la belleza y las obras bellas, la acumulación de objetos, poco metódica y científica, y el estudio descontextualizado de la pieza. Rada expone también su deseo de remediar el desconocimiento de la Grecia antigua en España: “Aunque nuestro viaje no hubiera producido más beneficio que dar a conocer a los amantes del arte y de la historia y generalizar su conocimiento, por su exposición en un establecimiento público y del Estado, monumentos de los cuales no había, puede así asegurarse, la menor noticia en nuestra patria, bastaría con esto para merecer consideración que propios y extraños han dispensado, viendo en él el primer avance que da una nación rica de recuerdos y de nombres esclarecidos en todas las ramas de los conocimientos humanos, por la fecunda senda de las misiones científicas” (Rada I: 680, 692-593)⁴⁵.

Pero, a pesar de su hondo patriotismo, los expedicionarios son plenamente conscientes del retraso de España en su presencia en el Oriente y el

⁴⁵ Gracias al viaje ingresan en el M.A.N., el 29 de noviembre de 1871, 22 cajones con 329 objetos, entre los que podemos citar sesenta vasos griegos en su mayoría áticos geométricos, corintios, lécitos blancos, de figuras negras y rojas, treinta vasos chipriotas, algunas esculturas, monedas de distintas épocas, vaciados en yeso de los relieves de la Acrópolis y otros fragmentos escultóricos y arquitectónicos de diversa índole, a pesar de que Rada no contaba prácticamente con medio económico alguno. Entre los donantes figuran, por ejemplo, D. J. B. Serpieri, con un busto de adolescente encontrado en Atenas, romano de los ss. I-II d. C., y Juan Bautista, un vecino de Atenas que donó otras piezas de interés, entre ellas un gran lécito, y que recibió por ello el título de comendador de la Orden de Isabel la Católica (cf. A. RODRÍGUEZ VILLA [1871]: 262-267).

Comandante de la fragata (García de Tudela, 1873, 8) refiere la sorpresa que causó en Atenas la llegada del barco español, ya que los griegos ni siquiera conocían que España tuviera una marina de guerra e ignoraban prácticamente todo lo que se refería a ella. Este escaso conocimiento y la nula presencia comercial española en el Oriente es sacada a colación muchas veces (p.e. García de Tudela, 1873, 44, 53, 55; Estrada, 1923, 466-467) y todos los expedicionarios expresan su deseo de que el Oriente se convierta en un amplio campo de acción y beneficio para comerciantes, industriales y armadores.

El relato de los expedicionarios, especialmente de Rada, nos permiten acercarnos también al progreso de la investigación sobre la antigua Atenas y a los debates que entonces surgían en la historiografía y, finalmente, los expedicionarios nos devuelven el estado de la ciudad de Atenas en 1871, una Atenas que era entonces muy diferente a la que conocemos, y también sus ideas de lo que debe ser el futuro desarrollo de la Hélade en claves de europeización y liberalismo: “La Grecia actual es pobre en comercio y en industria; pero se nota en ella cierto espíritu de empresa y cierto movimiento de ideas, que la harán caminar en poco tiempo grandes distancias. Las costumbres europeas van arraigando entre los griegos, y se pueden ver numerosas importaciones de Francia, Inglaterra y Alemania” (García de Tudela, 1873).

José PASCUAL

Dpto. de Historia Antigua
Universidad Autónoma
Ciudad Universitaria de Cantoblanco
28049 MADRID (España)
jose.pascual@uam.es

BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO TRONCOSO, V. (1994), *Pautas y guiones para una Historia de Grecia*, Santiago de Compostela.
- BASTÉA, E. (2000), *The Creation of Modern Athens: Planning the Myth*, Cambridge-Mass.
- BOLAÑOS MEJÍAS, C. (1999), *El reinado de Amadeo de Saboya y la monarquía constitucional*, Madrid.
- BUNDGAARD, J. (1974), *The Excavations of the Athenian Acropolis, 1882-1890: The Original Drawings*, Copenhagen.
- CAMP, J. M. (2001), *The Archaeology of Athens*, Yale University Press.
- CHINCHILLA GÓMEZ, M. (1993), «Viaje a Oriente de la fragata *Arapiles*», en: AA.VV., *De Gabinete a Museo. Tres siglos de Historia del Museo Arqueológico Nacional*, Madrid, pp. 286-299.
- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. J. (2001), *Solón de Atenas*, Barcelona.
- ECONOMAKIS, R. (ED.) (1994), *Acropolis Restoration: The SSAM Interventions*, Londres.
- ESTRADA CATOIRA, R. (1923), «Recuerdos de un tiempo viejo», *Rev. General de la Marina*, pp. 447-467.
- FUENTE MONGE, G. DE LA (2000), *Los revolucionarios de 1868. Elites y poder en la España liberal*, Madrid.
- GARCÍA DE TUDELA, I. (1873), «Extracto del diario de navegación del comandante de la fragata *Arapiles* correspondiente al viaje verificado por dicho buque al interior del Mediterráneo desde el día 7 de julio al el 23 de septiembre de 1871», *Anuario del Depósito Hidrográfico*, 1-56.
- GARCÍA NIETO, M^a C. (1987), *Historia de España 1808-1978*, 2: La experiencia histórica del sexenio revolucionario, 1868-1874, Barcelona.
- GONZÁLEZ CASTRILLO, R. (2005), «Gabriel de Aristizábal y su viaje a Constantinopla en el año 1784», *Arbor* 180, pp. 707-726.
- HURWITT, J. M. (2004), *The Acropolis in the Age of Pericles*. Cambridge-Mass.
- JIMÉNEZ FRAUD, A. (1973), *Juan Valera y la generación de 1868*, Madrid.
- LANGLOIS, C. V.-SEIGNOBOS, C. (1972²), *Introducción a los estudios históricos*, Buenos Aires.
- MARCOS POUS, A. (1993), «Origen y desarrollo del Museo Arqueológico Nacional», en: AA.VV., *De Gabinete a Museo. Tres siglos de Historia del Museo Arqueológico Nacional*, Madrid, p. 21ss.
- MORENO DE LA TEJERA, V. (s.a.), *Diario de un viaje a Oriente, Argel, Nápoles, Pompeya y el Vesubio, Sicilia, Grecia, el Archipiélago, Turquía y Egipto. Viaje verificado a bordo de la fragata de guerra "Arapiles"*, Madrid.

- OLLERO VALLÉS, J. L. (2000), «Triunfo y disolución del liberalismo», en: C. DARDÉ (ED.), *Sagasta y el liberalismo español*, Madrid.
- OLLERO VALLÉS, J. L. (2006), *Sagasta, de conspirador a gobernante*, Madrid.
- RADA Y DELGADO, J. de D. DE LA, *Viaje a Oriente de la fragata de Guerra Arapiles y de la Comisión científica que llevó a su bordo*, I (1876); II (1878); III (1882), Barcelona.
- RODRÍGUEZ VILLA, A. (1871), «Adquisiciones del Museo Arqueológico Nacional», *RABM* 15, 262-267.
- RUIZ-BRAVO VILLASANTE, C. (1989), *Vida de Juan Valera*, Madrid.
- SERRANO GARCÍA, R. (2002), *España 1868-1874. Nuevos enfoques sobre el Sexenio democrático*, Valladolid.
- SERRANO GARCÍA, R. (2006), *Figuras de la Gloriosa, aproximación biográfica al sexenio revolucionario*, Valladolid.
- TRAVLOS, J. (1981), «Athens after Liberation: Planning the New City and exploring the Old», *Hesperia* 50, 391-409.
- TRAVLOS, J. (1988), *Bildlexikon zur Topographie des antiken Atica*, Tübingen.